



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana.**

### **¿Quién es Jesús?**

*(Inspiradas en la obra de Heinz Schürmann  
“El Destino de Jesús, Su vida y su muerte”).*

S.M.I. Catedral de La Habana  
13 de febrero de 2008.

### **Primera Catequesis**

#### **Jesús: sus orígenes.**

Es imposible comprender los dichos y hechos de Jesús si no volvemos la mirada hacia Nazaret, lugar de sus orígenes, poblado pequeño de la Galilea, provincia judía alejada de Judea y separada de su capital, Jerusalén, por el amplio territorio de Samaria. Galilea era un sitio limítrofe con otros pueblos, etnias y culturas, por esto es llamada muchas veces Galilea de los gentiles, es decir, Galilea de los paganos, de los extranjeros. El hecho de que Jesús de Nazaret crezca en un sitio así es lo primero que tenemos que considerar en su manera de exponer su mensaje, de acercarse a la gente, de realizar su misión. El estuvo siempre situado al borde de su pueblo en los límites de su país, lejano del centro del poder que era Jerusalén, que también era el centro religioso, donde se hallaba el Templo y se ejercía el poder sacerdotal. Era también la Ciudad Santa, la capital de la Palestina de aquella época, ocupada por los romanos. Lugar de clima benigno, de verde vegetación, sin la aridez que encontramos al sur en la Judea, Nazaret debía ser un sitio tranquilo y, sin embargo, desde hacía muchos años, por su condición limítrofe y la ida y venida de extranjeros, se había convertido en una zona socialmente inestable y políticamente peligrosa para los ocupantes romanos.

El detalle del censo que el emperador César Augusto manda a realizar en la época en que María estaba encinta y espera ya el momento del parto, nos hace ver, por la peculiaridad de aquel censo, que incluía el desplazamiento de cada uno de los ciudadanos hasta su lugar de origen, que María y José eran de Belén, al sur, en la Judea, un pueblo cercano a Jerusalén. ¿Cómo se explica esto? Las familias de José y de María vivían probablemente en la Judea, eran de aquellos judíos sencillos y buenos, que habían integrado lo que se llama en la Biblia “el resto fiel de Israel”, es decir, aquellos pequeños grupos que quedaron dispersos en poblados y caseríos y aún en la misma ciudad de Jerusalén, viviendo a veces en sus ruinas, cuando la gran mayoría del pueblo fue deportada hacia Mesopotamia, donde ocurrió el largo exilio del pueblo de Israel, del cual regresaron cuando vino el edicto de Ciro, permitiendo el retorno y la reconstrucción del Templo. No todos los judíos sino pocos regresaron. De aquellos pobres de Yahvé, otro apelativo que da la Sagrada Escritura a ese resto que quedó en la zona de Jerusalén y sus alrededores durante el tiempo del exilio, eran las familias de José y de María. Al ser ocupada la Palestina por los romanos, descubrieron con prontitud que Galilea era un sitio inquieto porque allí no había judíos fieles, personas buenas como podían encontrarse en el sur, en los lugares

cercanos a Jerusalén, como el poblado de Belén y otras aldeas cercanas. Entonces los ocupantes romanos dieron algunas facilidades para enviar familias a Galilea que fueran de estas condiciones: personas humildes, trabajadoras, de buenas costumbres y serenas, que podrían ayudar a desarrollar aquella parte distante de Jerusalén en el norte y que no crearían problemas, sino al contrario, contribuirían con su presencia a pacificar la región. Estas incidencias históricas son las que hacen que Jesús, hijo de María que vivía en Nazaret, nazca en Belén y que después de la huida a Egipto, a causa de la persecución de Herodes, regrese a Nazaret con su familia, donde transcurrió toda su niñez.

Por tanto, en Nazaret es donde debemos indagar los orígenes de Jesús, allí estaba su mundo. Le encontramos allí concretamente de manera especial: 1- En la vida pública de su lugar de residencia (Lc 13, 26) Pero también en los alrededores, donde su oficio de carpintero lo llevaba necesariamente para realizar trabajos. 2- En la Sinagoga de Nazaret (Mc 6, 2) y también en las de las localidades vecinas. 3. Pero de manera decisiva en la silenciosa “habitación... en lo oculto”, donde “el Padre ve” (Mt 6, 6).

### **El mundo sociopolítico.**

En Nazaret se formó ya la característica y muy original comprensión de Jesús del Reino de Dios. Cuando Jesús hablaba del Reino, escogía un término que objetivamente escuchaba en las consignas de los zelotas. ¿Quiénes eran éstos? Eran judíos que formaban grupos de agitadores políticos y sembraban inquietud en las aldeas de Galilea. Casi todos se habían agrupado en cuevas que estaban en los alrededores, en las estribaciones cercanas a Nazaret. Estos eran grupos armados. Los zelotas no eran gente de letra, no dejaron nada escrito, eran hombres de acción y tenían un profundo y combativo sentido religioso en su quehacer. Su consigna y su exigencia era: “¡Yahvé tiene que ser rey, el único Señor!”.

Como en Jesús ocupa un lugar enteramente central la idea del reinado radical de Dios: “A Dios lo que es de Dios” (Mc 12, 17), estas palabras pueden sonar ya como una consigna parecida a la de los zelotas, pero éstos entendían el reinado de Dios en sentido terrenal y teocrático, es decir, como un reinado único, de tal manera que el poder religioso gobernara a todo el pueblo. Ellos no hubieran podido añadir: “dad al César lo que es del César” (Mc 12, 17). Basándose en el reinado de Dios, un reinado que iba a llegar de manera inmediata, y ateniéndose supuestamente a la confesión de fe en el único Señor de Israel, los zelotas exigen que Israel reconozca únicamente a Dios como Señor y soberano y que no preste ya ninguna obediencia al César. Este radicalismo religioso existía también con sus matices entre los saduceos en Jerusalén.

La proclamación que Jesús hace del Reino puede situarse pues, en sentido general, dentro del amplio escenario del radicalismo religioso, pero eso sí, como una anticonsigna que se concibe opuesta a aquella de los zelotas.

Jesús no fue adonde los zelotas en las montañas y las cuevas que le servían de guarida, porque el reinado y el señorío de Dios le destinaban para algo totalmente distinto: no se trataba de un futuro apocalíptico que había que precipitar (ése era el programa del radicalismo político religioso), sino que era un Reino de Dios que llegaría en los tiempos finales, un bien salvífico de Dios. Jesús debió de experimentar grandes dificultades procedentes de ese radicalismo teocrático para utilizar la expresión “Reino de Dios”, porque para Jesús, el reinado y Reino de Dios era, ante todo escatológico y trascendente; en todo caso no era una realidad terrenal, política, interesada en la colectividad social o en la comunidad de culto. Puede ser que la comprensión que Jesús tiene del Reino de Dios como visión del final de la historia en el futuro haya incitado una utopía inmanente al mundo, es decir, un proyecto ideal para nuestro mundo dentro de esta realidad terrenal en algunos momentos de la historia, fundada en la idea del Reino de Dios.

### **Influencia de la sinagoga en Jesús.**

La sinagoga era el lugar de reunión de los judíos cada sábado, era el lugar donde los niños judíos aprendían a leer leyendo la Biblia. En una sinagoga, la de Nazaret, tuvo Jesús que aprender a leer en su niñez. El culto de la sinagoga estaba marcado principalmente por oraciones y sermones y evidentemente allí se hacía la lectura de la Sagrada Escritura. La sinagoga era un sitio y una institución que estaba patrocinada por los fariseos. Los fariseos constituían no una clase social rica, aunque podía haber personas de posición entre ellos, sino un grupo de hombres decentes, trabajadores, emprendedores, que eran muy cumplidores de la Ley de Dios y de todo un código de preceptos que habían sido elaborados a través del tiempo por la misma sinagoga, en los que se trataba de explicar cómo se cumplía la Ley de Dios. Estos preceptos eran en muchas ocasiones excesivos, cargados de detalles, de precisiones. Por ejemplo, cómo había que lavarse las manos antes de comer, ritos que había que hacer al entrar o al salir de casa, y muchas costumbres que se habían incorporado a aquel cuerpo ritual a menudo demasiado complicado y exigente. Hemos visto en el evangelio como Jesús muchas veces ha hablado de los fariseos con palabras fuertes, diciendo, “ustedes cargan sobre los hombros de los demás un peso que ustedes mismos no pueden llevar”, es decir, agobian con prescripciones a la gente y en muchas ocasiones no son capaces de cumplirlas ustedes mismos. Los sermones de la sinagoga eran casi siempre de carácter farisaico, sobre lo que debe o no debe hacerse, sobre cuándo las cosas están bien hechas o no, y llegando a los últimos detalles.

Hay una oración de la sinagoga que se llama el Qaddix que recoge tradiciones que probablemente se remontan ya al tiempo de Jesús en cuanto a la manera de orar y que pueden ya haber sido corrientes en aquel entonces en el culto de la sinagoga. Veamos una versión de aquella que pudiera haber oído Jesús niño y adolescente en el culto sinagogal: “Glorificado y santificado sea el Gran Nombre en el mundo que El ha creado según Su voluntad. Que establezca Su reino en nuestros días y en vida de toda la Casa de Israel, prontamente y en tiempo cercano”. El contenido de esta oración es el siguiente: como Yahvé reina y domina eternamente como Soberano en el cielo, ¡quiera El hacer lo mismo y pronto, (según la comprensión propia de los fariseos) en esta tierra! Ahora bien, “el yugo del reinado de Dios” lo acepta una persona sobre sí cuando cumple la Ley de Yahvé. Ese es el pensamiento de los fariseos, a diferencia de los zelotas que pensaban adelantar por la fuerza la llegada del Reino de Dios. Es decir, los fariseos consideraban la realización del reinado de Dios como un programa ético. Si cumplimos la Ley de Dios, y como se pide en la sinagoga, si somos personas buenas como Dios quiere, a través de todo el quehacer y vivir nuestro va a llegar el Reino de Dios.

En el Talmud, que es una especie de devocional y ritual judío de mucha importancia en su culto, en su historia, en sus tradiciones, se recoge la siguiente afirmación: “Una bendición en la que no se mencione el reinado de Dios, no es una bendición”. Estas fórmulas de alabanza, que eran usuales en el tiempo de Jesús, influyeron también, sin duda, en la primera parte del Padrenuestro. Pero Jesús “enderezó” la oración de manera personalísima debido a su experiencia fundamental del Abba, del Padre, de tal manera que su oración comenzará con la invocación del Abba, transformando así decisivamente la idea de los fariseos como de los zelotas acerca del Reino de Dios. Podemos decir con cierto fundamento que la primera parte del Padre nuestro con la invocación del Abba y con su deseo central y total del Reino que lo abarca todo, procede ya de los años de la vida oculta en Nazaret. Esa primera parte con sus peticiones en segunda persona del singular (tu): que estás en el cielo, tu nombre, tu voluntad, danos hoy); contrasta visiblemente, en su fondo, y en su forma con la segunda parte del Padrenuestro y sus tres peticiones que están hechas en primera persona del plural (nosotros): nuestro pan, nuestras ofensas, no nos dejes, líbranos.

Podemos también decir que más tarde Jesús no sólo hizo que sus discípulos participaran en una originalísima versión de la oración del Qaddix, que constituye la primera parte del Padrenuestro, sino que además la amplió para ellos con las tres peticiones existenciales necesarias para que sus discípulos se mantuvieran en condición de seguir siendo tales. De este modo la oración del Señor o Padrenuestro surgió con dos enfoques: como “oración privada” de Jesús de Nazaret y como esa misma oración ampliada con las tres peticiones orientadas hacia el grupo de los discípulos. Ahora bien, el Qaddix de

Jesús nos permite penetrar profundamente en la conciencia que Jesús tenía de sí mismo, una conciencia que está caracterizada por su relación con el Abba, con el Padre, y que está determinada de una manera excepcional por la conciencia de estar El mismo destinado para el Reino de Dios. Ambas cosas son ideas intuitas por la conciencia de Jesús.

### **El Reino como destino que el Abba, el Padre, le ha dado a Jesús.**

La palabra aramea del lenguaje infantil “abba” que corresponde al término familiar e íntimo del lenguaje, igual que “imma”, mamá, es considerada como una manera originalísima de Jesús de dirigirse a Dios.

El Reino que llegaba se convirtió para el orante Jesús en un destino, fue para El desde siempre un destino presente, que le iba llegando históricamente de manera más clara según crecía en edad y experiencia. Pero Jesús desde niño, con palabra cariñosa de niño, se dirigía al Padre diciéndole Abba y desde niño oía que en toda bendición y en toda oración de la sinagoga y de su casa estaba presente el Reino de Dios. Jesús sentía, descubría en la oración, que El estaba enviado para que ese Reino llegara y que estaba enviado por el Abba. A los doce años, cuando permaneció en el Templo de Jerusalén y José y María lo fueron a buscar les dijo: ¿No sabían ustedes que debía ocuparme de las cosas de mi Abba? (de mi Padre).

El Reino se revelaba así como el destino de Jesús, como un destino que le “enviaba” (no como un destino fatal), cuando El dejó su familia y su lugar de residencia y se dirigió al Jordán para ser bautizado por Juan; pero este destino se había manifestado claramente a Jesús cuando El, entre los de su misma edad y no estando ya en los años mozos, vivía aún como soltero, siendo así que los jóvenes se casaban generalmente a la edad de diecinueve años. Debía de llegarle entonces, notablemente antes, el destino del Reino que El experimentaba que se le había asignado. Recordemos sus mismas palabras: “Algunos se han hecho célibes por amor del Reino de los Cielos” (Mt 19, 12), como sucedía de vez en cuando con los zelotas y los esenios (estos eran una especie de monjes que vivían retirados del mundo en Qumran y otros sitios). Era también significativamente clara la opción que Juan el Bautista había hecho de ese celibato. Así sucedió con Jesús mismo, de modo que lo que dice Mateo que “algunos se han hecho célibes por amor del Reino de los Cielos”, tiene, en su verdad interna un carácter autobiográfico en Jesús.

Ya en Nazaret, Jesús no era un personaje cualquiera. Ni en Nazaret ni en las poblaciones de los alrededores, en especial en la ciudad residencial de Séforis, situada a escasos kilómetros de Nazaret, que estaba en reconstrucción y a donde Jesús, por su oficio de carpintero, sería llamado con frecuencia para realizar trabajos y donde seguramente se le conocía ya comúnmente como “el Nazareno” (Mt 2, 23). Probablemente Jesús llamaba la atención no sólo por su soltería, sino que quizás era admirado y visto con recelo como “un buen hombre de Dios”, “un santo”, como diríamos nosotros a veces con una mezcla de simpatía y de burla. Pero, desde luego, chocaba hasta llegar a la edad madura por su conducta nada habitual y por lo especial de su aire. Sería necio suponer que un hombre con la fuerza de irradiación de las palabras que de El se han transmitido y con tal eficacia histórica que hizo época, hubiera pasado inadvertido. La llamada vida oculta no significa, pues, que Jesús viviera escondido o fuera un desconocido.

Podríamos pensar también que la idea del Reino que Jesús tenía ya se la habría formulado El de vez en cuando en parábolas. Dice un autor (Riesner): “Hasta el traslado de la sede del gobierno a Tiberíades Jesús vivió durante dos decenios a poca distancia de la capital de la región que era Séforis. Se escuchan resonancias de ello en las parábolas de la corte real, de un gran banco o del lugar donde se celebraban los juicios”. Jesús usaba también las sentencias, es difícil creer que todas estas parábolas y sentencias las hubiera ideado tan solo en unos escasos meses y en los escasos kilómetros cuadrados que había en torno a Cafarnaúm, donde comenzó su predicación usando las parábolas, a pesar de que la mayoría de esas parábolas reflejan la situación en las que se hallaba Jesús al momento de enseñarlas.

Las sentencias no eran ocurrencias geniales del momento, sino que eran formas retenidas en la memoria y caracterizadas por una gran reflexión, como reflejo de su misma vida. Podría leerse especialmente la parábola del Reino de los Cielos, que habla del tesoro que un hombre encontró en el campo y que para conseguirlo se desprendió de todo lo que poseía (Mt 13, 44). ¿Quién podría narrar algo así sin una experiencia personal? El hecho de encontrar Jesús su destino para proclamar el Reino fue, seguramente, como un hallazgo que El hubo de manifestar al exterior y que en todo caso le movió a renunciar al matrimonio y finalmente a abandonar la gran familia, dejar la casa y la patria y dirigirse al hombre que predicaba en el desierto y que anunciaba el inminente fin de la historia, como un juicio de Dios que estaba a punto de llegar y que con este motivo exhortaba al arrepentimiento.

Ya hemos visto anteriormente que la primera parte del Padrenuestro, la invocación del Abba con el deseo de la llegada del Reino, fue la oración de Jesús en Nazaret. Esta originalísima oración de Jesús que difícilmente alguien se atrevería a negar, nos permite penetrar profundamente con nuestra mirada en la “autoconciencia” de Jesús. La personalidad humana de Jesús, (no olvidemos que El tiene una naturaleza humana), estaba determinada doblemente por su relación con el Abba, con el Padre y por su destino para el Reino. Estas dos cosas coincidían en lo profundo y determinarán su personalidad humana, su “condición de ser Hijo”.

Jesús puede levantar la mirada, lleno de confianza, a su Padre y llamarle Abba, porque Jesús lo experimenta “llegando” soberanamente en su Reino hasta El, porque este Dios que viene clementemente, llega a El de manera íntima, existencial y personalmente. Y al traer su Reino lo envía a El, le da un destino total a su vida: vivir para el Reino de Dios, vivir para el Reino del Abba. Por consiguiente, el Reino de Dios que llega hasta Jesús traído por el Padre como salvación, que inicia el fin de la historia, determina la proclamación y la actuación de Jesús e igualmente su comportamiento y su destino de enviado. De modo más central aún esto determina su oración. La conciencia que tiene Jesús de sí mismo es de ser el enviado de Dios, El tiene un destino de enviado y esto es más que una experiencia pasiva o un ponerse activamente en marcha para realizar el envío; esto es su ser más profundo que le da un fundamento divino.

El reinado de Dios llega como la salvación por excelencia al final de la historia e inunda de felicidad, como sólo Dios puede hacerlo. Por lo tanto, la proclamación que Jesús hace del Reino de Dios se diferenciaba fundamentalmente de la de su entorno por la manera en que Jesús la entroncaba con su propia experiencia de Dios y hacía que esta idea dominara en ella: “Abba, santificado sea tu nombre, venga tu Reino” (Lc 11, 2).

Jesús, en su relación con Dios, vivía polarizado radicalmente por ese Dios a quien llamaba Padre y al mismo tiempo vivía en una expectación radical, esperando que el Reino que estaba llegando pudiera alcanzar a los hombres. Era una mirada a la vez hacia lo alto y una mirada en perspectiva. Por eso la comprensión que Jesús tenía del Reino de Dios estaba plasmada por su originalísima experiencia del Padre, del Abba, e inversamente su experiencia del Padre lo ligaba desde un principio a su destino para el Reino de Dios.

Según la comprensión de Jesús la entrada de Dios en la historia es el reinado de Dios, un reinado enriquecedor y que ha de llegar pronto, y el Reino soberano de Dios que vendrá al final de la historia es trascendente (apocalíptico) que: 1. no se puede imponer por la fuerza en sentido político social como pensaban los zelotas; 2. ni se puede realizar moralmente por medio de buenas acciones y cumplimiento de las leyes religiosas, en sentido farisaico; 3. partiendo de la comprensión que Jesús tiene del Abba, del Padre, ese Reino está personalizado y al mismo tiempo tiene a Dios como centro. La idea del Reino Jesús no la tomó, en lo más profundo, ni en el entorno caracterizado por las luchas apocalípticas de los zelotas, ni de los fariseos, ni de ninguna otra parte, sino que es independiente en su origen y peculiar en su carácter y expresión, viene de su íntima relación con el Padre.

Con esto hemos adquirido una primera visión de lo propio y característico de la comprensión que Jesús tiene del Reino de Dios y aún más, hemos desvelado su esencia más íntima y hemos penetrado en el

gran misterio de la personalidad de Jesús que está polarizada a la vez por Dios Padre y por la idea del Reino.